

nuestros pensamientos, hemos encontrado un verdadero compañero, que se nos ha ofrecido para servir de *cicerone*, a través de las intrincadas selvas de la Lógica o del Derecho Romano para los futuros abogados, o de la Botánica y la Mineralogía, para los continuadores de la ciencia de Galeno e Hipócrates; y, en fin, el compañerismo entre los que llenan las aulas de la misma Facultad que nosotros, a los que nos une, lo que podríamos llamar, con perdón de los civilistas, parentesco de afinidad, que será impotente para borrar la acción del tiempo, pues en el grupo de nuestros amigos parece que tienen más derecho a este nombre aquellos con los que más tarde podemos departir, acerca de las algazaras estudiantiles de que hemos sido testigos, o quizás actores.

Nos ha sido dable asistir a las elocuentes explicaciones de nuestros catedráticos, cuya variedad de léxico, sencillez de expresión, facilidad de palabra, nos han causado una muy grata impresión; les hemos atendido con verdadero fervor por tener la seguridad de que eran ellos los encargados de convertirnos en hombres, como lo han sido hasta ahora los profesores de nuestro añorado Colegio; nos hemos habituado a la rígida disciplina universitaria; hemos vivido, por decirlo así, la vida de los estudiantes de Universidad, de la que tantas veces nos hablaron nuestros padres (¿quién no ha referido sus aventuras de estudiante?), y de la que ya nos es dable hacerlo a nuestros compañeros del Colegio, que el año próximo unos, más tarde otros, se juntarán con nosotros en las aulas de nuestro primer centro docente.

Y, como consecuencia de ello, podemos afirmar que es en extremo agradable la vida de estudiante de la Universidad. ¡Cuántas veces, amargados quizá por lo que la existencia nos depare, nos acordaremos de nuestros buenos tiempos de estudiante! ¡Cuántas veces nos reprocharemos el haber perdido el tiempo en cosas frívolas, en vez de dedicarlo al estudio!

Ha llegado también para nosotros (¿cómo no?) el mes de los estudiantes—Mayo—en

el que se libra la batalla decisiva — los exámenes—de la lucha sostenida desde primeros de octubre; el fatídico Mayo para algunos, que pronto quizá se arrepientan de no haber aprovechado el tiempo debidamente, que se ha convertido agradabilísimo para los que proveníamos del Colegio de Granollers. Hemos gozado también de las mieles del triunfo, mientras otros de nuestros compañeros han sufrido las amarguras de la derrota; cosa que por ley inexorable ha sucedido y sucederá siempre, mientras haya humanos.

No hemos tampoco olvidado que éramos los encargados de representar en la Universidad al Colegio de Granollers, y para que mañana no tengamos que arrepentirnos de nuestra falta de estudios—las armas para la lucha por la vida que se nos avecina—, hemos procurado estudiar con ahínco, para convertirnos en hombres de provecho.

Y creemos haber cumplido con nuestro deber.

JUAN M.^a XIOL Y GASSET



El asno de Buridán

Juan Buridán, filósofo del siglo XIV, para investigar si los animales poseían o no libre albedrío, propuso que se realizase un célebre experimento.

Someter a un asno a riguroso ayuno, y colocarlo después a igualdad de distancias de un cubo de agua y de una medida de cebada: si el asno careciese de libre albedrío, equilibrándose la atracción que sobre su sed ejercería el agua y la que sobre su hambre ejercería la cebada, debería dejarse morir de hambre y de sed por no saber decidirse... Este es el extravagante argumento que ha perpetuado el nombre de Buridán y ha elevado a su asno a la categoría de prototipo de la gente indecisa.